

Apuntes teóricos para pensar la identidad nacional en Ciudad Juárez

Omar Daniel Cangas Arreola*



Papalotes, David

Debatir sobre la identidad nacional mexicana en los espacios fronterizos de su Estado-nación, es evidente si consideramos la situación de los Estados nacionales en el contexto global. El proceso histórico de la globalización ha puesto al Estado-nación en una tensión sin precedentes, facilitando y permitiendo, por un lado, los procesos de comunicación transnacional, y a su vez, fortaleciendo y consolidando el deseo de permanencia de sus ciudadanos, tanto en una organización política (el Estado) como en una entidad histórico-cultural (la nación). Este es el reto del Estado-nación en el tiempo actual: conocer si realmente existe un debilitamiento en la cohesión para y con sus ciudadanos, o si las trayectorias históricas de sus ciudades, particularmente aquellas con características de frontera, han instituido una identidad social referente a un territorio, distinta a la identidad nacional.

El principio esencial de la identidad nacional advierte la existencia de una comunidad fraternal, con una autodeterminación propia y siempre con dos componentes cognitivos: el afectivo y el actitudinal que, respectivamente, el primero de ellos

enmarca el sentido de propiedad y pertenencia hacia el territorio de un país, y el segundo el sentido de participación y el grado de confianza hacia sus instituciones. Ambos constituyen el imaginario social de identificación de un sujeto con un espacio político-cultural-territorial.

De tal manera que la nación se percibe y se imagina socialmente, con el fin de elaborar una cultura con características propias, en un programa para adquirir códigos y habilidades necesarios para su funcionamiento social. Es así como la nación instituye sus imaginarios sociales y organiza su representación ante el Estado, específicamente el que hoy conocemos: el Estado democrático, que cruza siempre entre las orientaciones universalistas del Estado de derecho y bajo los preceptos de la democracia en el mundo, delimitando así a la nación frente a sí misma y, por supuesto, frente al mundo. Hoy el Estado-nación es sinónimo del Estado moderno, y su legitimidad está definida en términos de legalidad, con la idea de un orden impersonal y constitucional, con cierta autoridad y control en la administración de una comunidad

política y de sus elementos culturales determinados, en donde la soberanía estatal ha generado un tipo de identificación colectiva, un sentimiento de pertenencia y un grado de confianza hacia sus instituciones, que los distintos sujetos ciudadanos que agrupa, internalizan y proyectan al mundo, legitimando en esa forma la estructura de poder político, cultural y territorial del Estado-nación.¹

De esta manera, los imaginarios sociales de un pueblo identifican a una nación con un territorio específico, y con una estructura determinada de organización social; esa institución, real o imaginaria, hace del Estado moderno un Estado-nación. Al ser así, la identidad nacional deberá concebirse como el sentimiento y la conciencia de pertenecer a un Estado-nación, resaltando los elementos culturales, simbólicos, imaginarios y materiales que se han definido como propios y que establecen las fronteras entre un nosotros y un ellos.

Pero la identidad nacional, como cualquiera otra, convive con otras identidades culturales: religiosa, familiar, regional, de género, tribal, espacial, laboral, etcétera, pero sin duda, la nacional —en momentos determinados— tiende a situarse por encima de todas. La diferencia entre las identidades nacionales y las culturales, es que las primeras surgen como actos fundacionales a partir de distintos grupos que se asumen a sí mismos como diferentes de otros (o como iguales entre ellos) y que deciden iniciar la aventura de la creación de un Estado nación; en cambio, las segundas, son dinámicas, se encuentran en permanente transformación, y si bien nutren a los Estados naciones en la generación de nuevos elementos revitalizadores para sus identidades nacionales, son distintas a las primeras en tanto que poseen un dinamismo propio y no dependen de proyectos políticos o de clases gobernantes específicas. La formación de las identidades culturales es un fenómeno dinámico y cambiante, y la formación de las nacionales es un fenómeno institucional e histórico.² Y a diferencia de la personalidad o de las identidades culturales, que tienen como fin diferenciar a los individuos, la identidad nacional en cambio asemeja ciudadanos.

Debemos también considerar que para la institución de un imaginario social nacional, el territorio juega un papel esencial, pero éste aquí no sólo se presenta de una manera geográfica, es decir, como un espacio físico definido, sino como un lugar antropológico de definición.³ Lugar en el que se ha logrado la narración del mito de la nación, de los

orígenes comunes, que ligados a un nacionalismo tradicional, han instituido la idea de una raza originaria, una comunidad subjetiva e histórica, en donde los lazos de unión y ascendencia común son la fuerza para la perdurabilidad de la percepción de una verdad esencial que une a los sujetos como nación.⁴

Aquí la importancia del territorio radica en que es el recipiente que hace posible que el sujeto nacional perdure a lo largo del tiempo como un receptáculo del pasado en el presente. No es sólo un hábitat natural donde se asienta una determinada comunidad, sino un espacio físico que se apropia y que encarnado —simbólica e instrumentalmente—, propone un modo de vida a los distintos sujetos que agrupa. El territorio aquí es la realidad material preexistente a todo conocimiento nacional y a toda práctica cultural posterior,⁵ en donde una identidad es ligada a la memoria colectiva y una memoria colectiva es ligada a la tierra. La historia nacionaliza un trozo de tierra y llena de contenido mítico y de sentimientos sagrados a sus elementos más característicos que ha seleccionado.

La nación, por lo tanto, se instituye mediante imaginarios sociales de la memoria histórica compartida y de forma metonímica en referencia al territorio, sus fronteras se comprimen albergando sólo a aquéllos que participan de sus prácticas culturales compartidas de esa comunidad presente con una historia y un destino. En este sentido, la unidad nacional (identidad y conciencia) de la nación moderna, se hace así historicidad de un territorio y territorialización de una historia, en donde se instituye perpetuamente el poder de la soberanía del Estado, y por ende, la permanencia de las prácticas culturales de la nación.

¹ Jürgen Habermas, *La constelación posnacional. Ensayos políticos*. Paidós, Barcelona/Buenos Aires, 2000, p. 88.

² M. Casas, “Identidad cultural y medios de comunicación. Una cuestión no resuelta para Canadá y México”. *Comunicación y Sociedad*, 27 (mayo-agosto, 1986), pp. 89-110.

³ Joan Nogué, *Nacionalismo y territorio*. Milenio, Barcelona, 1998.

⁴ En el caso mexicano existen muchas interpretaciones de esa comunidad imaginaria, como la raza cósmica de Vasconcelos por ejemplo, o la cultura criolla de Samuel Ramos, el mestizaje de Octavio Paz, la metáfora del Axolote de Bartra, los liberales mestizos de Molina Enriquez, lo mestizo de Manuel Gamio, la regresión a lo indígena de Bonfil Batalla, la realidad comunitaria y los bienes y derechos inalienables de Lomnitz, o el partido conservador de Justo Sierra y el patriotismo criollo de Enrique Florescano; Franco Savarino, “Historia e identidad nacional: la perspectiva etnosimbólica”. Ponencia del Segundo Coloquio: El siglo XX desde el XXI. La cuestión nacional, historiografía sobre Estado y Nación. INAH, México, 4-7 de octubre de 2004.

⁵ Nogué, *op. cit.* (s. p.).